

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

HUGO MONTES

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips

¿Quién soy?

HUGO MONTES

A LAS MUJERES DE MI VIDA

Mi madre.

Mi esposa.

Mi Carmencita.

Mi Teresa del Rosario.

Se sabe que con frecuencia el prólogo es lo último que se escribe del libro.

Estas palabras iniciales nacieron recién, luego del trabajo de autopresentación.

Tal trabajo ha sido hecho con aguja. Con ella se fueron enhebrando días y años, Chile, Alema-

nia, Costa Rica, España, mi Liceo Alemán viejo, mi actual y futuro Saint George.

Ha sido una labor alegre. Mirar para atrás no me entristece. El paso del tiempo integra, acumula, no aniquila:

*No se destruye el río cuando pasa.
Sus ondas van de rama en rama
haciendo el sueño, el aire, la mañana.*

*Es cosa de mirar
cómo dulce corre el agua
de la luz a la campana.*

*No se va todo en la vida.
A la noche sigue el día.*

*Lo que pasa es lo que queda:
Oye bien el agua eterna.*

*Mi mujer, el claro amigo,
la palabra que me digo
crecerán hasta Dios mismo.*

*Y el colegio y mi Pomaire
y el papel en que te escribo.*

Este hilván de cosas pequeñas se proyecta como sombra luminosa contra un gran telón de fondo. Resulta que lo hilvanado es también el mismísimo horizonte, porque nada concluye en sí. Todo trasciende y golpea el pecho de la eternidad. Qué grande, entonces, una fecha, una piedra, una palabra, una persona cualquiera, en este caso la mía, y ello es casual, pues igual fuese la de cualquiera de ustedes. Perdonen esta descortesía de hablar de mí, pero piensen —y habrán pensado bien—, que este yo pudo ser el de todos los presentes.

Nací hace cincuenta y dos años en una calle con nombre de General en el barrio de Yungay, hacia el extremo Poniente de Santiago. Allí pasé mi infancia, entre padres que leían “El Diario Ilustrado” y “El Imparcial”, hermanos y abuelos, tíos que me parecían alegres y tías enlutadas, enormemente tristes, a menudo aquejadas de dolor de cabeza. Alguna vez he mirado desde una terraza alta, en el centro, hacia ese barrio, y lo he visto como antes, enmarcado por tejas, patios interiores, callejas derechas y plazas, varias plazas. La mía era la Plaza Brasil, con un paseo en que se habían ennoviado mis padres, y con otro en que oscuros lustrabotas ponían espejitos disimulados para mirar sectores prohibidos de las damas a las que limpiaban los zapatos.

A pesar de tanto belicismo —barrio Yungay,

calle Bulnes— era un mundo pacífico, rutinario. Quedaba suficientemente apartado como para recibir a los primos que vivían en Compañía con Amunátegui durante los días revoltosos de la caída de Ibáñez. Así y todo, recuerdo de esos tiempos a carabineros que a galope tendido y lanza en ristre, asolaban la Avenida San Miguel, que era el nombre de la que después pasó a llamarse Ricardo Cumming.

Era época de traslados frecuentes. Cuando nació mi hermana menor fuimos, precisamente, un par de días a la calle Compañía para dejar tranquilos al doctor, a la madre y a la recién nacida. A mi padre también lo apartaban de tanto suceso, sólo que con el expediente que fuera una y otra vez a la botica a buscar alcohol o algodones. Y algo que no recuerdo, aunque tengo buena memoria: tenía yo unos pocos meses de vida, y los vecinos me pedían como quien pide el diario o el café con leche, para despertar del todo; eran los Guzmán Cruchaga, incluido don Juan, que allí paraba cuando volvía de sus interminables viajes por el extranjero.

Enfrente de mi casa estaba el gasómetro, pronto trasladado a los extramuros de la ciudad; en su lugar se levantó una manzana de casas hermosas,

de chalets con entradas de autos y jardines que me parecían soberbios. Cerca, por Moneda, construyó su casa Jenaro Prieto, con ayuda de deudos y deudas, según puso frescamente en la fachada.

Aún lo recuerdo con su barba oscura y un rostro ligeramente inclinado hacia arriba, como si buscara el número de la casa o una aparición entre las nubes.

Pocos metros más al Oriente, una escuela pública, cuya directora, la señorita Dorama, me recibió por alumno. En las tardes, cuando el calor arreciaba, se cerraban los postigos y los alumnos teníamos que poner la cabeza sobre el banco y echarnos a dormir. Se decía que estábamos en clase de Sueño. Al terminar debíamos contar lo soñado. Muchas veces en mi ya larga vida de profesor he recordado con envidia los métodos pedagógicos de la ilustre directora y su original asignatura, que bien podría entrar en el curriculum oficial de estudios.

Luego, y durante diez años, el Liceo Alemán, también situado en la calle Moneda. Me enseñaron sacerdotes altos, colorados, sabios y bondadosos. A uno, sin embargo, recuerdo por su cruel costumbre de ocultar bajo la manga las hojas del certamen. Cuando al verlo con las manos desocupa-

das pensábamos que pasaría materia, extraía morosamente unas páginas pequeñas, en blanco, las mismas que solíamos devolver sin otra mácula que el nombre y la fecha. Me enseñaron con buen éxito a ser puntual y a respetar a los demás; inútil, en cambio, fue su afán de que no me ocupara simultáneamente en muchas y diversas actividades. Al profesar después de crítico literario, poeta, autor de textos, ensayista, abogado, decano, profesor, marido, padre de seis robustos hijos y director de mil cosas a la vez, me he dicho con insistencia por qué demonios no les hice caso en consejo de tanta monta. Desde entonces —y lo digo tremendamente en serio— desconfío de eso de ser consejero, no importa si espiritual o material.

A lo largo de la vida me he mantenido como hombre de barrio y de provincia. De la Plaza Brasil pasé al barrio de Argüelles, en Madrid, el mismo inmortalizado por Neruda en su *Tercera Residencia*; de Argüelles fui a Friburgo, una ciudad pequeñita de la Selva Negra; de ahí a Valdivia y de Valdivia a Viña del Mar. Es bueno sumarse a la sencillez cotidiana del empedrado, del quiosco municipal, de la parroquia pueblerina. Me gusta saber que el cartero está por llegar y que, igual que a mí, trae revistas y buenas noticias al vecino. Pre-

fiero al supermercado el almacén de la esquina, donde se juntan las empleadas y los niños a comentar los desaguizados del dueño de casa o la convalecencia de la señora. Algunas veces he escrito sobre estas cosas:

*Lejos de la luz y del juguete
con cereal envuelto en traje diario
y el vuelto y la balanza y no se fía,
el almacén recibe a los vecinos,
prepara los domingos,
denuncian la visita improvisada.*

*Es el teléfono mezquino
y los estantes,
son los tarros de azúcar y de esperma,
los viejos sacos vaciados sin grandeza,
es el olor a campo y a cajones,
un extranjero disperso en delantales,
las esquinas azules de mi barrio.*

*En el no apuro de la compra
¡cuánto cielo perdido,
cuánta plaza posible malograda!*

Lo mismo siempre,

*el cuarto kilo, la docena,
la vida va subiendo.*

*La vida misma que, en suspenso,
se me adentra y me confunde
en niño de mandado y en abuelo.*

Esta confusión de niño y adulto se me da también entre el renombre y la falta de importancia. Cuando veo libros míos en los escaparates y en los anaqueles de bibliotecas públicas, es como si fueran de otro. Peor si alguien hace por ahí el elogio de uno, porque entonces pienso que estoy muerto y soy un cadáver suertudo, que merece el buen recuerdo de quienes me conocieron vivo. En cambio, me agrada ver a oscuros liceanos o a niñitas de remotas escuelas llevar bajo el brazo un Montes y Orlandi.

A propósito, Orlandi no es un mito ni mi segundo apellido. Cuando me incorporé a esa institución que muchos desprecian, pero que tantos desean, a la Academia de la Lengua, recibí más de una felicitación dirigida a Hugo Montes Orlandi.

En el portón de la casa donde vivo hay una pequeña plancha con mi nombre. Estando hace poco en el balcón que da hacia fuera, vi pasar a unos

chicos por la calle; leyeron la plancha, me miraron y se perdieron gritándome: “¡Hola, pús Montes y Orlandi, oh . . . !”

Y hace cierto tiempo, cuando mi niño mayor era bien pequeño, reconoció el barrio de Ñuñoa donde vive Julio, y me preguntó como para cerciorarse: “¿No es aquí donde vive el tío Montes y Orlandi?” Al socio le pasa a menudo algo similar. De vez en cuando nos intercambiamos las equivocaciones. Ni él ni yo nos sentimos ofendidos.

La sociedad empezó también con una equivocación. Yo era Secretario de la FIDE y en esa calidad acudí a la Editorial del Pacífico, que deseaba una lista de autores que pudieran escribir textos de estudio. Recomendé, entre otros, a Ricardo Krebs, Jaime Eyzaguirre y don Ricardo Latcham. Al despedirme dije que yo tenía unos apuntes de literatura chilena que a lo mejor podrían servir. Me los pidieron y quedé de llevarlos. La primera persona que me oyó esta historia fue Julio Orlandi, quien creyó que le pedía ayuda. Me la ofreció de inmediato. No me atreví a sacarlo de su error y nos pusimos a programar la Historia de la Literatura Chilena. El haría el siglo XIX y la prosa del siglo XX. Yo me quedé con la Colonia y la lírica actual. No leí su parte sino cuando el libro

estuvo impreso, porque ese verano partí a Europa. Ya en Buenos Aires, de regreso, me esperaba una feroz crítica de Alone. Una página entera de "El Mercurio" no le bastó para señalar omisiones y formular reparos, de modo que reincidió el domingo siguiente. Yo me sentía entre famoso y fracasado. Fue grande mi sorpresa cuando el Gerente de la Editorial me pidió que revisara el texto para hacer de inmediato nueva edición, pues la primera estaba por agotarse. En ese trabajo me ayudó Jaime Eyzaguirre, verdadero autor de las páginas sobre los historiadores que aparecen en el libro. Este lleva más de diez ediciones y aunque se ha ido mejorando, siempre muestra las innumerables deficiencias de su origen.

A Alone lo conocí poco después, en el departamento de la tía Marta Brunet. Yo llegué en moto. Don Hernán contó que él también de muchacho había sido motorista. Y así la conversación siguió sobre ruedas y soslayamos sabiamente el tema de la historia literaria. Después nos hemos encontrado muchas veces y no necesitamos eludir críticas ni libros, porque preferimos hablar de mil cosas antes que de literatura. Además, resultó ser tío abuelo de mi señora. Releyendo dedicatorias de sus obras a menudo encuentro un "a mi que-

rido sobrino". A la postre he resultado más pariente de él que de Marta Brunet, que lo es de verdad, sin intermediarios y muy cercana. Es que ella se lo pasó viajando y murió relativamente joven. Pero una vez, entre otras, se acordó del sobrino y fue cuando en la Universidad de Chile me dieron el Premio Alerce de la Sociedad de Escritores. Yo estaba en Valdivia y no pude acudir. Cuando la tía oyó mi nombre, se levantó y dio las excusas del caso, recibió el diploma y me lo envió por correo. Le retribuí como pude: en el cementerio agradecí en nombre de la familia los homenajes que le rindieron al enterrarla.

A la pregunta de qué es lo que más me gusta en la vida, respondo con seguridad: conversar. De mi cuasi forzado estudio de Derecho, recuerdo sobre todo la conversación con mis amigos —Sergio, Jaime, Juan— y con dos profesores: Jaime Eyzaquirre y Julio Philippi. Naturalmente, muchas eran conversaciones nocturnas, paseadas y hasta bebidas; pero las había también en la mera imaginación, en la duermevela del amanecer o de la siesta. De mis clases, antes que nada recuerdo la esperanza de la conversación con alumnos distintos

que tuve o puedo tener. Y si rezo, es para conversar con mis amigos del cielo: Juan de la Cruz, el poeta santo, y un encerador de ese nombre que se murió un día de primavera después de haber resistido exitosamente una operación que duró cinco horas; y con Jesús, el más personal de mis amigos.

Las conversaciones con el padre Alberto Hurtado eran un estupendo monólogo suyo, continuado de semana a semana que me alteraba hasta dejarme alado. Vicente Huidobro conversaba, en cambio, con signos interrogativos y con signos de exclamación: “¿Pero no conocen a Eluard? ¿No encuentran que el Padre eterno es demasiado serio? Rabindranath Tagore, ¡el indio aquél...!”

Las clases del maestro Hugo Friedrich, que acaba de fallecer, eran una constante invitación a dialogar acerca de los orígenes de la comedia románica, de las ideas ilustradas y de la lírica francesa que empieza en Baudelaire y remata en Mallarmé.

La tristeza para mí es antes que nada ausencia de conversación. Las sopaipillas, en cambio, la chimenea y otros encantos similares valen en cuanto pretextos u ocasiones para conversar.

La revista “Amargo”, de los años cuarenta y

tantos, nació de tanto conversar, y la primera oficina que puse como abogado suplía con estupendas charlas la ausencia lamentable de clientes. Me da miedo la gente que no conversa, y más de una vez he imaginado la conversación fabulosa que tendría con quien viniera a asaltarme. Le preguntaría, desde luego, qué le gusta más de mi casa, cómo entró a ella y qué otra cosa se le ofrece. Estoy seguro de que nos entenderíamos perfectamente.

La poesía también es cosa de decir antes que de escribir, por lo mismo, de escuchar, no de leer. La épica anduvo de boca en boca a través de aedas, rapsodas o juglares; y la lírica nació acunada con la música. Cada vez se hace más urgente devolver a la poesía su carácter oral y hacer de su manifestación una oportunidad de conversación distinta y superior. Se comprenderá, de lo dicho, que pueda asegurar que la mejor edición de mis poemas es la que han hecho los monjes benedictinos de Las Condes, que por Adviento y por Navidad cantan en coro los que yo compusiera para tales tiempos litúrgicos. Edición viva, musical, siempre renovada, religiosa.

¿Qué más podría desear un autor?

De tanto conversar y tanto leer, que es otro mo-

do de seguir intercambiando ideas y sentimientos con quienes están lejos en el tiempo y el espacio, no siempre sé qué hay de mí en la poesía que escribo y qué de otros. El colmo fue una vez que inicié un soneto con el verso de Darío "La celeste unidad que presupones" en la absoluta certeza de que era mío. Me bajó la duda, tal vez por encontrarlo demasiado bueno, pero sólo cuando el poema ya estaba en prensa. Alcancé en la última corrección de pruebas a ponerlo entre comillas, para que apareciera como cita. Los acreedores principales son Jorge Guillén y Jorge Luis Borges. Durante algunos años no podía leer nada de ellos inocentemente, porque tan pronto terminaba su lectura me ponía a escribir poemas. No siempre, sin embargo, resultaban poemas guillenianos ni borgeanos. El español y el argentino daban, por así decirlo, sólo el puntapié inicial del partido; el resto, que era todo, me lo jugaba sin su compañía.

Mis poemas me perturban mientras no los publico, que es cuando puedo enmendarlos o desecharlos. Por eso me agrada verlos impresos. Entonces se apartan del autor y no hay mucho más que hacerles. Me cuesta entender a Juan Ramón Jiménez, aficionado a rehacer sus libros publica-

dos. Tampoco me ha dado jamás por defenderlos ni por explicarlos. Digo: es cosa de ellos si los atacan o no los entienden; que se las arreglen por sí mismos, que ya hice bastante con darles vida.

En cambio, me gusta interpretar la poesía ajena. Es como leerla desde dentro, con pausas, con preguntas, con circunloquios que permitirán su entrega adecuada a las personas de buena voluntad que lo requieran. El crítico está, a mi juicio, siempre haciendo un acto de cortesía con el público lector. No siempre se agradece su gentileza. Me es igual comentar a un clásico o a un poeta de hoy. Ambos se le han adentrado a uno en tal forma que los conoce científica y afectivamente.

Comento principalmente desde un punto de vista estilístico, o sea, procuro determinar la manera de estar escrita la obra y contrastar lo característico encontrado con el mensaje mismo del texto. Es tarea de análisis y de síntesis, repetida varias veces, tantas cuantas lo requiera la inteligencia cabal de la obra. No queda en las formas ni se entretiene sólo con el contenido —de significativo y significado se suele hablar ahora—, porque la obra es una realidad compacta que sólo intelectualmente admite tales divisiones, que en sí mismas no ocurren. La interpretación final es siempre proviso-

ria y aceptable sólo en cuanto cumple dos requisitos: que no esté contradicha por ninguna palabra del texto y que sea capaz de incorporar o explicar, por así decirlo, la totalidad de ese texto. Es como una teoría física, válida si no la contradice ningún fenómeno y si comprende todos los casos a que se refiere.

Es crítica objetiva en la medida que nace y termina en el objeto estudiado, pero tiene mucho de subjetiva, pues quien escoge las obras, quien se deja alterar por ellas y quien de acuerdo con tal alteración procura indagar en el texto las causas de esa alteración es un yo personal, limitado y —quiera que no— influido por mil factores que lo condicionan individualmente. Tales comentarios son a la vez quehacer científico y quehacer artístico. Me paso de ellos con naturalidad a la creación poética o a esa otra tarea de ciencia y de arte que es la educación.

Quiero decir con esto último que en mi triple labor de poeta, crítico y educador no veo tres parcelas, sino otras tantas expresiones de un mismo afán de verdad y de amor. Me siento igualmente a gusto en los tres trabajos y voy de uno a otro con la naturalidad de quien pasa de un cuarto al cuarto vecino de su propia casa. Hay temporadas en

que prefiero una cosa y casi, casi olvido las otras, las que empero pronto reclaman su derecho a existir; pero, en general, conviven de manera armoniosa, sin tirones ni rivalidad.

Más aprecio esta armonía cuando pienso en la angustia que me dejaba el ejercicio de la profesión de abogado. Fueron cinco años de pesadilla. Si llegaban clientes, me sentía perdiendo el tiempo y pensaba: “¡Ay mi Machado, ayúdame Federico, Fray Luis, perdona que ya voy!” Si no llegaban, ¡a cuento de qué tener oficina, socio, papel con membrete, esperanzas! Cuando le dije a Julio Silva, “mira, búscate otro socio, que a mí no me verán más los Tribunales ni las Notarías”, nací por segunda vez y una bocanada de aire de mar, nuevo y universal, llenó mis pulmones. Si tuviera que tomar mil veces la decisión, resolvería —estoy seguro— siempre en la misma forma. Jamás me he arrepentido. Creo, por otra parte, que al foro chileno mi deserción le pasó absolutamente inadvertida y que en él nadie lamentó ni siquiera por buena educación este alejamiento.

Vivo feliz en el mundo de las letras y de mis alumnos. No faltan las dificultades, es cierto, ni sobra el dinero; pero aquéllas son llevaderas y tengo lo suficiente para llegar en automóvil a mi casa

propia. No aspiro a más, ni lo necesito. Por lo demás, en esto del dinero y los libros hay algo así como un equilibrio ecológico: lo que gano con los textos de estudios, lo pierdo en los libros de poesía. Una cosa va por la otra; al final, un empate tranquilizador, en que nadie resulta ofendido ni con deudas.

No es justa la mención tan de pasada que he hecho de Friburgo y de Madrid, porque debo gran parte de mi formación a los años vividos en ambas ciudades. Fui a España en enero de 1948. El viaje, con mi amigo José Zañartu, duró algo menos que los de Colón: desde Antofagasta hasta Valencia fueron 53 días. El barco hacía honor a su nombre de niña liviana —Rita García— y el mar, sobre todo el Caribe, a su fama de tempestuoso. La vida en el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe me hizo conocer a hispanoamericanos de distintas latitudes, a argentinos que llevaban la novedad de Perón —al que luego iban a repudiar—, nicaragüenses que ya estaban hartos de la familia Somoza, puertorriqueños blandos y simpáticos, salvadoreños apegados a su maquinilla moledora de café. Había también españoles que, en

general y en particular —y por desgracia a veces con buenas razones—, solían mirar en menos a quienes íbamos desde este lado del Atlántico. Asistí a clases de Valbuena Prat, Dámaso Alonso y Joaquín de Entrambasaguas. Escuché a Luis Rosales la primera lectura de su *Casa Encendida* y me sentí honrado con la amistad de José María Valverde, Pablo Antonio Cuadra, Carlos Martínez Rivas y Coronel Urtecho. De España, guardo en el fondo más entrañable de mi espíritu, un retazo de piedra y de pradera; hablo de Compostela, cuya Catedral me parece una nave que trae a América verdes eternidades.

Alemania fue después, desde 1956, y se resume sobre todo en el estudio junto al profesor Hugo Friedrich y a sus colaboradores inmediatos, Jürgen von Stackelberg y Horst Ochse. Allí el sistema, la dedicación rigurosa, la ampliación de los puntos de vista. Yo había crecido en el desprecio al espíritu de la Enciclopedia, y Friedrich me mostró cómo en el siglo XVIII se engendró el pensamiento y la ciencia de hoy, por él supe de la lírica que comienza en Baudelaire y Rimbaud, del valor de la novela realista francesa, de los varios esplendores de la Edad Media y cómo ésta se vincula con la patrística y aún con la antigüedad gre-

colatina. Friedrich fue el maestro severo y bondadoso, humano a la vez que lleno de “demonios”, el verdadero guía de mis estudios de literatura, particularmente de la lírica. Cuando nos juntábamos sus discípulos a conversar, no había sino hablar de él. Se le temía y se le admiraba, hasta se le quería, pero siempre desde esa respetuosa distancia que sólo saben despertar los grandes cate-dráticos alemanes.

Alemania fue para mí también la posibilidad de vivir solo y en silencio. ¡Qué largas, qué tristes, pero qué profundas eran sus tardes de invierno! Ya a las cuatro empezaba a oscurecer. La nieve de los días viernes era más helada, quizás porque el sábado y el domingo —sin Universidad, sin parientes, sin dinero, sin novia, sin amigos, sin correo, solo—, se prolongaban demasiado cruelmente.

Allá nació mi primer libro de poemas, *Plenitud del límite*. El título, más que rebuscado, apunta a cuanto podía lograrse en medio de las exigencias de la soledad. Poesía, empero, de afirmación, esperanzada, hurgadora del sol que hacía falta, y que, casi a su pesar, contiene inesperados gestos de melancolía. Releo los últimos versos del poema inicial y veo que resumen cuanto estoy diciendo:

“No se explica el ligero pesar que puse en ellos”.

Vuelto a Chile, quise seguir en el estudio y la soledad. Acepté la invitación —Jaime Martínez estuvo tras ella— de la recién fundada Universidad Austral, y fue como prolongación de la Selva Negra, hermosa y con lluvias, de mucho estudio, pero sin Friedrich y sin catedral gótica. Allí terminó mi prolongada adolescencia, allí empezaron los cargos y las cargas que todavía me amenazan, allí supe por primera vez que había mediocridad y hasta maldad en algunas gentes importantes. Pero también allí, en su plaza coronada de tilos y de un quiosco de fierro llovido, conocí a mi esposa, la conocí a Ella, parecida a lo que dicen estos versos:

*Es silenciosa, ensimismada,
como espacio de mi voz,
como el aire que absorbo si respiro,
la forma mía es si me recojo,
el hueco de mi mano en las mañanas,
la brasa lenta de unas tardes tristes,
y brisa habrá de ser por el verano o
junco o mimbre, esbelto tallo,
como línea de precisos campanarios.*

*Se sonríe
y su sonrisa al sonido se prende
de los álamos cimbrados,
al vaho de los surcos más recientes.
Yo la dejo pasar entre mis dedos
a la recóndita penumbra de la infancia;
mi breve historia ahora iluminada
da en futuro,
tranquilo esfuerzo por el ser seguro.*

*Así es y yo la quiero
y le digo quedamente
“te esperaba, lo que eres,
todo canta, el
cielo, el muro, la montaña”.*

Entretanto había llegado 1962. Resolví dejar el sur y como para acostumbrarme de a poco en la capital, acepté una media jornada en la Universidad Católica de Valparaíso; la otra la dividí a su vez entre trabajos en el Colegio Saint George y en una modesta escuela parroquial. Lo mejor de esos años, que fueron seis o siete, lo pasé en el tren. Siempre me ha parecido un privilegio viajar, aunque sea a San Bernardo. Es bueno enmarcar el paisaje, más si el motivo cambia a cada instante,

como en una película. Supe de los sandwichs de Llay Llay, los dulces de La Ligua, los empolvados y los huevos duros de La Calera, del queso de cabra de Til Til; aprendí a leer de reojo las revistas del vecino y a soportar las gracias de muchos niños que, si no lo eran, merecían ser hijos únicos. Descendía en Barón y antes de llegar ya estaba haciendo clases o asistiendo a reuniones. ¡Nadie sabe cuántas veces he estado reunido, escribiendo versos o haciendo monitos, en medio de sesudos colegas y alumnos muy entusiastas! De tanta reunión resultó para bien y para no tan bien, ya hacia 1967, la Reforma Universitaria. Hubo desfiles, carteles, discursos, discusiones y, al final, una renuncia indeclinable, que me trajo definitivamente a Santiago, donde sigo viviendo con añoranza del barrio y la provincia.

A veces me da cierta vergüenza haber escrito y publicado tantos libros. Ya van más de treinta. Pienso que tienen que ser superficiales, repetidos, poco novedosos. Uno tiende a admirar al que profundiza y se limita en aras de la calidad. Recuerdo que alguien me dijo: "Lástima que hayas empezado tan joven a publicar y que hayas partido

con una historia de la literatura. Mejor, si hubieras escrito un ensayo estupendo, muy perfilado, impecable". Otro añadió: "Yo pienso rematar mi vida con una historia, no se me habría ocurrido comenzar por ahí". Creo que tienen razón. Sin embargo, salvo de algunas tonterías, no me arrepiento de lo hecho. Y es que cada uno es cada uno. Yo no pretendo en mis libros ser más de lo que soy como persona. Ni tampoco busco en ellos esa obra perfecta, inmaculada, que pudiera servir de modelo para gente que aspira a la seguridad. Entiendo mi vida como un riesgo permanente, como una constante aventura, como un afán continuo de servir. Y eso son mis libros: cuatro o cinco antologías, una docena de textos de estudios, diversas variaciones sobre temas de la literatura del idioma, cinco poemarios. Mirados en conjunto son una muestra de mi actividad conversadora con gentes de todas las edades; vistos de cerca son un esfuerzo continuo para difundir, enseñar, comunicar. De su utilidad digan los lectores, en especial los alumnos; de su ciencia, hablen los críticos; de su belleza, cuenten los aficionados a la poesía. Ya lo dije: no corresponde al autor defender ni explicar su obra, que esas son tareas de ella misma y de quienes la utilizan. La historia de las letras,

por lo demás, da para todo, pues si Jorge Guillén pasó un cuarto de siglo en torno de su primer libro, su *Cántico* genial, Vicente Huidobro y Pablo Neruda compusieron arriba de una treintena. Lope de Vega y Calderón de la Barca escribieron centenares de comedias, mientras que Leandro Fernández de Moratín no pasó de las cinco. Goethe fue muy fecundo, pero San Juan de la Cruz escribió en verso unas pocas páginas. Las Rimas de Bécquer llegan apenas a cien. La calidad acompaña muchas veces a la cantidad, otras la esquivo; de modo que hay que buscar el valor por caminos diferentes, que no cabe recorrer hoy día. Sinceramente no pretendo sitiales de ningún tipo. Me basta la gratitud de aquellos a quienes sirvo y frases como éstas, que felizmente he escuchado más de alguna vez: "Usted ha escrito justo lo que yo pensaba y no me atrevía o no podía decir". La inmortalidad la tengo por ser persona, no por ser persona que escribe.

Así, pues, nada con aquella vergüenza, que quizás es un asomo inconsciente de orgullo y espíritu mundano. Y como esta es hora de confesiones, he de decir que sigo trabaja que te trabaja y que están por aparecer un *Cómo se dice* en Valparaíso, y unas *Cartas* nerudianas que he preparado y pro-

logado con esmero, en Madrid; por reeditarse todos los textos de estudio; en preparación un estudio sobre la prosa y la poesía del barroco americano y un *Amanecer en Pomaire*, que me ocupa muchas horas de la noche, suerte de relato poético y hasta mítico de esta bella aldea vecina de Santiago, donde el hombre se expresa a través de la greda.

Sí, trabajo día y noche, sábados y domingos; no hay vacaciones en esto de escribir. Para mí es como pensar, como hablar. Un libro es algo que inevitablemente se prolonga en otro libro. Y al fin, todos no son sino páginas diversas de uno solo que no concluirá sino con la vida misma.

A través del tiempo se ha ido uniendo la vida de uno a la de muchas personas y a muchas cosas, hasta el punto que ella es como una red de nombres propios y comunes que lleva a donde quiera que vaya, que siempre acompaña. Red de amigos, profesores, alumnos, vecinos, compañeros y ex compañeros de trabajo, parientes, simples conocidos; red de mi barrio natal, de mis barrios de adopción, de la casa, del auto, de mis libros, de los trenes a Valparaíso, de botellas vacías, de estam-

pas, de zapatos. El yo se ha transformado en nosotros, la individualidad se ha alterado, o sea, es también lo otro, y así la unidad sin dejar de ser tal pasa a ser cada día más comunidad. Nada de los demás me es ajeno y siento que el vínculo mío con el resto es siempre mayor. Ya en 1972 pude escribir dentro de esta realidad:

*Me dejo ir entre las cosas
y corro agua y crezco rama
y nazco día a cada hora.*

*La mesa soy en que reparten
sombra los árboles y frutas
y su conversación el padre.*

*Me presta voz lo que sucede,
manos la tarde, luz el día,
amor la rosa, lo que eres.*

*No quise nada en primavera
y nada quise en el otoño:
así la flor, así la tierra.*

*Así lejanamente solo
mezclado monte, unido yerba
muriendo y renaciendo, todo.*

La afinidad con unos pocos, no obstante esta amplitud, es evidente. ¿Quiénes son esos pocos? Yo diría con una frase, que creo es de Nietzsche, “son los que escuchan el canto de las aves y lo siguen”. De escuchar se trata, antes que de hablar: primero la contemplación, luego y como un rebalse, la actividad. Y de oír un canto, no cualquier decir, cualquier ruido. El canto es ritmo y armonía, tono, espíritu y no mera letra. Este cantar viene de arriba, de las nubes, del cielo, de un árbol, quizás también del interior. Es canción volandera, que cuesta aprehender. Píar de pájaros oteadores de nuevos horizontes, o de ángeles, o de brisas muy delgadas. Pero los pocos tan afines no se limitan a escuchar, ~~que pronto parten~~ para ser seguidores de la palabra ~~y para dar también ellos~~ en aves que cantan que a su vez serán escuchadas y seguidas por quienes sean capaces de oír lo inaudible y buscar lo que vuela. Los afines no quieren excluir a nadie, pero de hecho son escasos. Se suman a todos, mas no todos los aceptan. El yo está a gusto con esos pocos y quiere ser cada vez más lo que ellos son y busca poder decir ahora en primera persona de plural: “Nosotros escuchamos el canto de los pájaros, y lo seguimos”.

Si me preguntan qué deseo como poeta, digo

esa frase; y qué como profesor, contesto igual; y qué como cristiano, doy idéntica respuesta: Escuchar el canto superior y seguirlo, seguirlo hasta llegar a ser ese mismo canto, que alguna vez será oído también por otros destinados a la misma transformación.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa

Miguel Arteche

Gabriela Lezaeta

Manuel Francisco Mesa Seco

Cecilia Casanova

Fernando González-Urizar

Julio Flores

Antonio Cárdenas Tabies

Jaime Quezada

Emma Jauch

Carlos Ruiz-Tagle

Alicia Morel

María Silva Ossa

Isabel Velasco

Juan Antonio Massone

Pepita Turina

María Urzúa

Hugo Montes